

Representaciones sociales del Perú en seis cuentos de Julio Ramón Ribeyro

Samanta Rodríguez Bernal

Trabajo de grado para optar al título de Licenciada en Literatura y Lengua Castellana

Director

Jesús Antonio Álvarez Flórez

Doctor en Estudios lingüísticos, literarios y culturales – Universidad de Barcelona

Profesor adscrito a la Escuela de Idiomas UIS

Universidad Industrial de Santander

Facultad de Ciencias Humanas

Escuela de Idiomas

Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana

Bucaramanga

2024

Dedicatoria

A mi mamá, mi hermano y mi nonita, que son mi tesoro en esta tierra y mi razón más poderosa para continuar luchando, a pesar de todo.

A mi pareja, que me tomó de la mano y recorrió conmigo este camino de estudio y crecimiento.

A mi nonito, que pregonó su orgullo por mí hasta el día de su partida y que me amó con su corazón exageradamente grande y bueno.

A Totorito, Nena y Lulú, que me acompañaron en tantas noches de desvelo e hicieron mi vida suave con sus patitas, bigotitos y pelitos de amor. Ojalá hubieran podido quedarse hasta el final.

A Antonio, Panqueque y Arturo, que son mi felicidad y mi consuelo en los días grises.

A Pato, que es mi lugar seguro, mi mejor amiga y de quien aprendí que hay amores elegidos que duran para siempre.

Agradecimientos

A mi familia, por creer en mí, incluso cuando yo dejo de hacerlo.

Al profesor Jesús Álvarez, por su acompañamiento y dirección, sin los cuales no sería posible este trabajo.

Tabla de Contenido

Introducción.....	8
1.1. Problematización.....	8
1.2. Justificación.....	10
1.3. Objetivos.....	12
1.3.1. Objetivo general.....	12
1.3.2. Objetivos específicos.....	12
2. Marco teórico.....	13
2.1. Antecedentes.....	13
2.2. Bases teóricas.....	15
2.2.1. Marginalidad.....	16
2.2.2. Representaciones sociales.....	17
2.2.3. Crítica sociológica y marxista.....	18
3. Diseño metodológico.....	18
4. Resultados.....	20
4.1. Explotación Laboral.....	21
4.1.1. “Los gallinazos sin plumas”.....	22
4.1.2. “Interior ‘L’”.....	26
4.1.3. “La tela de araña”.....	32
4.2. Racismo y exclusión social.....	37
4.2.1. “La piel de un indio no cuesta caro”.....	38

4.2.2. “De color modesto”.....	44
4.2.3. “Alienación”	50
5. Conclusiones.....	53
Referencias bibliográficas.....	56

Resumen

Título: Representaciones sociales del Perú en seis cuentos de Julio Ramón Ribeyro*

Autor: Samanta Rodríguez Bernal**

Palabras Clave: Marginalidad, Racismo, Explotación, Perú, Sociedad, Representaciones sociales.

Descripción: Este trabajo investigativo busca hacer un análisis literario, desde los puntos de vista sociológico y marxista, de seis cuentos de Julio Ramón Ribeyro, en los que se evidencie la lucha y el conflicto social en relación con los grupos marginalizados de la sociedad peruana en el siglo XX. Se parte de la necesidad de continuar las líneas de trabajo precedentes alrededor de la cuentística ribeyriana, para establecer un panorama de análisis y estudio más amplio. Con el corpus seleccionado, “Los gallinazos sin plumas”, “Interior L”, “La tela de araña”, “La piel de un indio no cuesta caro”, “De color modesto” y “Alienación”, además de la crítica literaria especializada, la teoría de las representaciones sociales, la historia peruana, las corrientes filosóficas y los estudios políticos, sociales y económicos, se establecerán las correspondencias entre los elementos narrativos del corpus y la sociedad del Perú en el contexto ya descrito.

* Trabajo de Grado

** Facultad de Ciencias Humanas. Escuela de Idiomas. Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana. Director: Jesús Antonio Álvarez Flórez. Doctor en Estudios lingüísticos, literarios y culturales. Universidad de Barcelona.

Abstract

Title: Social representations of Peru as found in six tales written by Julio Ramón Ribeyro*

Author(s): Samanta Rodríguez Bernal**

Key Words: Marginality, Racism, Exploitation, Peru, Society, Social representations.

Description: This research paper studies a literature review from a sociological and Marxist perspective, taken from six tales written by Julio Ramón Ribeyro, in which he portrays the struggle and social conflict in relation to the marginalized groups of Peruvian society in the 20th century. It emerges from the need to continue the work lines preceding around the author's tales, in order to establish a broader analytic environment. The selected corpus "Los gallinazos sin plumas", "Interior L", "La tela de araña", "La piel de un indio no cuesta caro", "De color modesto" and "Alienación", in addition to the specialized literary critic, the social representations' theory, as well as that Peruvian history, philosophical currents and political, social and economic studies, the correspondences will be established between the narrative elements of the corpus and the Peruvian Society in the already described context.

* Degree Work

**Faculty of Human Sciences. School of Language. Degree in Literature and Spanish Language. Director: Jesús Antonio Álvarez Flórez, PhD in Linguistic, Literary and Cultural Studies. University of Barcelona.

1. Introducción

1.1. Problematización

La presente investigación literaria tiene como base la narrativa corta de Julio Ramón Ribeyro, un autor que, aunque exploró diferentes géneros, es célebre por “[...] sus cuentos y relatos cortos, y en ellos debemos centrar nuestra atención” (Gutiérrez, 2008: 157). Respecto a la amplia producción cuentística del autor, el corpus es bastante limitado, pero esto responde a la naturaleza del trabajo y su posible extensión. Los cuentos que se analizarán son: “Los gallinazos sin plumas”, “Interior L”, “La tela de araña”, “La piel de un indio no cuesta caro”, “De color modesto” y “Alienación”, y su selección respondió a los siguientes criterios: el Perú como espacio de desarrollo de la acción narrativa; su pertenencia a la vertiente realista y, por último, que presentara personajes y situaciones en consonancia con la realidad social del Perú en el siglo XX.

En el periodo mencionado, Perú afrontó grandes transformaciones sociales, económicas y políticas. Aun cuando habían pasado décadas desde la Emancipación, las antiguas formas de dominación permanecían en la mentalidad de sus habitantes. Por una parte, estaba la burguesía capitalista de la costa, encargada de explotar laboralmente a las masas pobres de la ciudad; y por otra, los terratenientes gamonales de la sierra, que hacían lo propio con el campesinado y los indígenas. Perú pasaba por una transición de la mentalidad colonial hacia las nuevas formas de economía implantadas por el capitalismo. A pesar de que esto implicaba un cambio dramático en la estructura social, hubo una constante y fue la segregación y la explotación de los grupos históricamente catalogados como inferiores.

Dicha transformación de la estructura social provocó el constante enfrentamiento de las clases altas por el poder, lo que devino en una rotación excesiva de mandatarios, además de golpes

de Estado, dictaduras e imposición de leyes y reformas que nunca terminaron de decantarse en favor de la equidad social, sino del mantenimiento del poder económico y de dominación de unos cuantos sectores que, por cierto, llegaron a contemplar alianzas cuando percibieron una amenaza extranjera con potencial destructivo para sus intereses. En todo caso, la participación de la clase social baja en estas dinámicas, por lo menos en las primeras décadas del siglo anterior, se redujo a la marginación total o a la explotación.

A propósito de la transformación de la sociedad expuesta en el párrafo anterior, Contreras expone que:

tres procesos centrales conducen, desde entonces (principio de siglo) hasta 1930, la historia peruana: la implantación y consolidación del capital monopolista, bajo control imperialista, como dominante de una compleja combinación con las relaciones precapitalistas de producción, hasta entonces dominantes; la reconstitución, sobre esa base, de los intereses y de los movimientos de clases, y de sus modos de relación en el Estado; y el desarrollo y renovación del debate ideológico-político, en una primera etapa sólo dentro de las clases dominantes, y después de 1919, entre ellas y las clases explotadas y medias. (2007: Introducción, XIV)

Con la implantación de la economía capitalista, la llegada masiva de capital extranjero, el inicio de la industrialización y el aumento del intercambio con otros países se produjo una migración masiva a las ciudades, que, si bien necesitaban mano de obra para las fábricas y personal para las casas de aquellos más adinerados, no tenían la capacidad para acoger a la avalancha humana que cae sobre ellas en busca de un futuro mejor o, cuando menos, no tan precario. A raíz de esto, en ciudades como Lima la sociedad se dividió en

tradicional, compuesta de clases y grupos articulados, cuyas tensiones y cuyas formas de vida transcurrían dentro de un sistema convenido de normas: era, pues una sociedad normalizada. La otra fue el grupo inmigrante, constituido por personas aisladas, que convergían en la ciudad, que sólo en ella alcanzaban un primer vínculo por esa sola coincidencia, y que como grupo carecía de todo vínculo y, en consecuencia, de todo sistema de normas: era una sociedad anómica instalada precariamente al lado de la otra como un grupo marginal. (Romero, 2008: 331)

Debido a los cambios descritos, al interior del país se produce el nacimiento de partidos políticos como el APRA o el Partido Socialista del Perú; la lucha del proletariado y el campesinado

contra el capital y la feudalidad, respectivamente; la gestación de movimientos obreros, campesinos y estudiantiles en contra del dominio extranjero, el capital monopólico y la burguesía peruana; el señalamiento, para su eliminación, de los vestigios coloniales; la lucha por el reconocimiento de lo que Mariátegui denomina “el problema del indio” en relación con el régimen de la gran propiedad, y, además, surgen nuevas manifestaciones literarias, como el indigenismo y el realismo crítico.

En vista de esta centuria convulsionada, la elección de Julio Ramón Ribeyro es totalmente deliberada, pues su visión del mundo “no está exenta de preocupación por la cuestión social y por el problema del Perú como formación histórico-social” (Gutiérrez, 2008: 170). Los elementos literarios del corpus de este trabajo investigativo abarcan diferentes grupos humanos y los lugares ocupados por estos, además de evidenciar la estratificación de la dominación, la marginación y la explotación de unos sobre otros. En el autor se encuentra la

plasmación artística de temas como la decadencia, los combates perdidos y [...] Ribeyro, contra la secular mentira del discurso oficial y de todas las ilusiones desarrollistas y/o reformistas, ha revelado de manera radical un hecho históricamente cierto dentro del contexto en que se desarrollan sus ficciones: el fracaso general de la sociedad peruana, como país y como nación aún desintegrada. (2008: 178)

Todas las particularidades expuestas en relación con la historia peruana del siglo XX, la cosmovisión ribeyriana y la selección del corpus literario permiten establecer correspondencias entre los cuentos y la realidad del Perú para la época, y están en directa conexión con la pregunta de investigación que conduce este trabajo: ¿cómo se recrea la marginalidad en los cuentos “Los gallinazos sin plumas”, “Interior L”, “La tela de araña”, “La piel de un indio no cuesta caro”, “De color modesto” y “Alienación”, de Julio Ramón Ribeyro?

1.2. Justificación

La importancia de esta investigación se sustenta en varios aspectos. Para empezar, esta contribuye a la memoria histórica y a la verdad social de un país que, como muchos otros en Latinoamérica, cursa un siglo XX marcado por conflictos internos y externos, lucha de poderes, cambio de modelo tanto económico como político y reestructuración de las clases sociales, su jerarquización y el lugar, en materia de derechos y bienestar, que cada una de estas ocupa de acuerdo a los imaginarios sociales. Esto es pertinente en el momento actual, en el que, según Contreras, existe un “activo proceso de revitalización de la investigación y la reflexión marxista” (2007: Introducción, IX).

También es importante reconocer la evolución de la conciencia de clase y el terreno ganado por muchos de los grupos humanos históricamente oprimidos en la lucha por la reivindicación de sus derechos. Este proceso de maduración y lucha abarca décadas de diversos estadios sociales, políticos y económicos, razón por la que se hace necesaria la exposición del impacto sociohistórico en la producción literaria. El corpus de este trabajo está conformado por cuentos que permiten el análisis y establecimiento de esta relación que Perpinyà describe mejor en *Las criptas de la crítica*, en la que se ahondará más adelante.

Autores como el citado Miguel Gutiérrez, pero también Giovanna Minardi, concuerdan en que la temática social es recurrente en la narrativa de Ribeyro. Según la italiana, “su obra nos ofrece una radiografía social del Perú, pero sobre todo un inigualable cuadro moral” y “sigue la tradición populista de la narrativa peruana, en el sentido de aspiración, común a toda la narrativa hispanoamericana, a coger e interpretar los problemas de las masas urbanas y campesinas” (2002: 122)

Por otra parte, la elección del autor peruano, además de la pertinencia de su obra para el propósito descrito, tiene que ver con lo que, a mi juicio, ha sido un reconocimiento insuficiente

para su lograda y compleja narrativa y, en general, para su escritura. En palabras de Miguel Gutiérrez, el autor

es el mayor narrador que ha dado la generación del 50. Por razones extraliterarias, que tienen que ver con cuestiones de mercado, circulación y publicidad, a Ribeyro solo se le ha considerado dentro de los marcos de la literatura peruana; pero Ribeyro no solo es el más grande maestro del cuento y la narración corta del Perú, sino uno de los mayores de la lengua española del siglo XX y su nombre, con toda justicia debe figurar al lado de Borges, Rulfo, Cortázar, Onetti y García Márquez. (2008: 181)

De acuerdo con lo dicho por el crítico peruano, es valioso retomar, desde esferas ajenas a su país, el estudio de la obra de un autor que “nos ha propuesto la imagen más profunda y veraz del Perú prerrevolucionario” (2008: 181), y este trabajo representa una oportunidad para hacerlo.

1.3. Objetivos

1.3.1. Objetivo general

Analizar cómo se recrea la marginalidad en los cuentos “Los gallinazos sin plumas”, “Interior L”, “La tela de araña”, “La piel de un indio no cuesta caro”, “De color modesto” y “Alienación”, de Julio Ramón Ribeyro.

1.3.2. Objetivos específicos

Investigar los acontecimientos socio históricos del Perú a lo largo del siglo XX recreados en los cuentos que se proponen en este trabajo.

Explorar las obras de Julio Ramón Ribeyro desde una perspectiva sociológica literaria para identificar representaciones sociales en el Perú del siglo XX.

Proponer correspondencias entre los elementos narrativos del corpus y la sociedad peruana de la época.

Para dar cumplimiento a los objetivos anteriormente descritos, este trabajo investigativo presentará el siguiente orden de desarrollo: en primer lugar, se expondrán los trabajos de diferentes críticos, en torno al autor, que siguen la misma línea temática; en segundo lugar, se sentarán los fundamentos teóricos necesarios para el análisis del corpus literario; en tercer lugar, se expondrá la metodología mediante la cual se realizará el análisis, explicando los recursos para este y las técnicas de recolección de datos; posterior a esto, se presentarán, clasificados bajo subtítulos, los resultados de dicho análisis, y, por último, estarán las conclusiones derivadas del trabajo investigativo.

2. Marco teórico

2.1. Antecedentes

Uno de los estudios que se acerca a esta línea de trabajo sobre el conflicto y la lucha social, es “La otredad existencial en la cuentística de Julio Ramón Ribeyro”, de Espinoza Aguilar, que relaciona la filosofía con la literatura al plantear aspectos existencialistas y marxistas en la narrativa ribeyriana. Espinoza considera que hay una mirada sesgada sobre la obra del escritor peruano si se la analiza bajo una sola perspectiva de estudio. De esta manera, se abarca el concepto de marginalidad desde la línea filosófica, en donde las problemáticas que tocan a los personajes son, en su mayoría, problemas alrededor de la mera existencia de ellos, pues “en este universo, no solo es injusto el sistema social, sino también el mundo, la vida y el destino” (2019: 33).

Espinoza comenta que, desde la filosofía postestructuralista, la crítica marxista, el estudio y la crítica literaria, se han abordado temáticas como la marginalidad. A partir de ellas, la cuentística ribeyriana puede ser vista como

la postración de la clase media, las condiciones de vida de los sectores marginales, la migración del campo a la ciudad, la explosión demográfica en Lima, los problemas de la modernidad, el contexto sociohistórico peruano de mediados del siglo XX, los problemas de la formación social, las contradicciones de su sociedad y de su época, los procesos sociales y políticos más complejos, la condición humana del hombre contemporáneo y la realidad social (2018: 32).

Dunia Gras, en *Etnicidad y clase en la narrativa de Julio Ramón Ribeyro*, analiza cómo el autor a menudo incluye en sus relatos problemas en torno a temas sociales, como la marginalización étnica o la lucha de clases, que se constituyen como “reflejo” de la convulsionada sociedad peruana de su época. Otras investigaciones también siguen la línea de Ribeyro como autor de la periferia, ya no solo como tema de sus relatos, sino como posición personal frente a su faceta de escritor excluido por sus colegas; posición que, por cierto, le causaba más disfrute que molestia. Baudry dice que Ribeyro “da un salto de la marginalidad padecida a la marginalidad asumida en reacción a la épica de la novedad total y a la postura de escritor mediatizado, abriendo así una escritura diferencial que invierte los polos de la frontera” (2014: 41).

Juana Martínez, en “Julio Ramón Ribeyro o la estética del fracaso” analiza la reiteración de temas como la marginalidad y el fracaso de los individuos enfrentados a una sociedad cambiante. Según ella, la mayoría de los cuentos del autor ambientan, desde diferentes puntos de vista, los escenarios de hostilidad entre el campo y la ciudad, y entre las diferentes clases sociales, que se enfrentan al derrumbamiento de antiguas consignas y al nacimiento de sectores inexistentes hasta entonces en el ámbito de un país eminentemente agrario y feudal. En sus narraciones “se pone de manifiesto la miseria cotidiana del ser humano enfrentado a los problemas de supervivencia urbana” (1997: 244) y se revela “el proceso de modernización limeña con una actitud crítica y profundamente solidaria con las víctimas del mismo, adoptando la perspectiva de los más perjudicados” (1997:153, 154).

Diversos estudios, incluyendo los mencionados, convergen en la cuestión de que los personajes en el universo narrativo del peruano son seres apartados o rechazados socialmente a partir de la escala de valores que recrea la pirámide social heredada de la época colonial, que continúa arraigada en el imaginario colectivo. Los personajes de la narrativa ribeyriana “[son seres discriminados que conducen] al fracaso, entendido este como un fenómeno opuesto al éxito social en la mentalidad capitalista” (Espinoza Aguilar, 2019: 32). Esto en pro a la afirmación de que el mismo sistema gubernamental-estatal y el sistema mercantil de la época son las instituciones que tienen el poder de decidir quién es apto para entrar o incompetente para exiliarlo de las esferas sociales.

Espinoza también explica qué es esa otredad a la que se refiere: es aquella sociedad periférica que no hace parte de lo que se considera éxito social, los que no tienen el dinero suficiente, los que no cumplen los estándares mercantiles, políticos, entre otros, y que viven el día a día como supervivencia.

Aunque ya se han hecho lecturas de la obra de Ribeyro desde la perspectiva de la crítica sociológica y marxista, el corpus elegido se diferencia del corpus de otros análisis y tiene el propósito de extraer elementos narrativos comunes entre los seis cuentos mencionados, específicamente, y proponer relaciones de representación de la realidad y los imaginarios sociales peruanos del siglo XX a través de estos.

2.2. Bases teóricas

Con el fin de analizar los cuentos que componen el corpus literario y alcanzar los objetivos anteriormente descritos, es necesario ahondar en el concepto de marginalidad y la teoría de las

representaciones sociales. Además, dejar claro que el abordaje crítico se hará desde las perspectivas sociológica y marxista.

2.2.1. Marginalidad

La primera definición de la Real Academia Española es pertinente para el propósito de este trabajo y dicta que la marginalidad significa la “situación de marginación o exclusión social de una persona o una colectividad” (Diccionario de la Lengua Española, 2014). El término aparece en Latinoamérica a lo largo del siglo pasado, precisamente, por las razones de cambio comentadas en la sección de problematización: los procesos de masificación en las ciudades desembocan en la creación de barriadas y cinturones de pobreza alrededor de los centros urbanos, que empiezan a denominarse lugares marginales o periféricos.

A partir de la década del 50, los estudiosos de las ciencias sociales en el continente se preocupan por la profundización en la noción y establecen que el término no aplica únicamente para aquellos lugares y poblaciones distales, sino que también hay grupos humanos que clasifican dentro de aquellos marginados, pero están radicados dentro de los límites imaginarios de la ciudad tradicional. Poco después, el término ya se usa para

dar cuenta de los efectos heterogéneos y desiguales de los procesos de industrialización y desarrollo. La emergencia de esta noción se desarrolla en el campo de disputa de dos paradigmas en conflicto, dando lugar a dos grandes vertientes interpretativas: la idea de marginalidad social o cultural...y la noción de marginalidad económica. (Delfino, 2012: 18)

Como se verá, los elementos narrativos del corpus presentan características que permiten su clasificación dentro de alguna de las dos vertientes comprendidas; incluso, en varios casos, dichas características apuntan a que el elemento se encuentra marginado tanto social como económicamente.

2.2.2. Representaciones sociales

La Teoría de las representaciones sociales (TRS) surge en el campo de la sociología, en la segunda mitad del siglo XX, y se preocupa por el análisis de las formas de construcción social de la realidad. Es necesario partir de la idea de que las personas son, por naturaleza, gregarias. Sin embargo, existen diferentes fronteras físicas e imaginarias que las agrupan de determinadas maneras: nacionalidad, etnia, color, religión, entre muchas otras. Lo cierto es que cada comunidad configura una forma específica de asumir e interpretar la realidad, pues esta no está determinada únicamente por factores tangibles, objetivos, sino también por los procesos humanos de recepción y significación.

Mirtha Costas resume en dos puntos los principales postulados de la TRS. El primero dice que “la realidad pasa a ser el resultado -o el producto- de la construcción subjetiva que de la misma realizan las personas” (2002:2). El segundo, que

el medio cultural en que viven las personas, el lugar que ocupan en la estructura social, y las experiencias concretas con las que se enfrentan a diario influyen en su forma de ser, su identidad social y la forma en la que perciben la realidad social”. (2002:2)

La comprensión de lo anterior permite establecer, en el análisis del corpus literario de este trabajo, jerarquías sociales, criterios de exclusión, comportamientos culturales y otros factores que llevan, junto al reconocimiento de la historia del Perú, a asociaciones de esta con los hechos que componen cada narración. Además, el concepto posibilita la comprensión del actuar de los personajes, que es acorde con las ideas socialmente compartidas para la época: el dinero como valor supremo; la categorización de los humanos en función de este; la raza y la casta; la supremacía blanca y urbana; la sexualización de la figura femenina, etc.

2.2.3. Crítica sociológica y marxista

El abordaje crítico del material literario se hará, en este caso, desde la teoría aportada por Núria Perpinyà en *Las criptas de la crítica*. La autora aclara que la crítica sociológica se preocupa por el reconocimiento del entorno social dentro de la literatura y que la crítica marxista es una rama de esta, que da sentido a las obras conforme a los procesos históricos. Es decir,

no se interesa por el estilo, sino por el «mensaje» y, muy especialmente, por el contexto histórico en que se ha producido la obra. Para el marxista la obra no se crea en el vacío, sino que es consecuencia de unas circunstancias sociopolíticas muy concretas. (2008:44)

El propósito de este trabajo es analizar cómo se recrea la marginalidad en los cuentos ribeyrianos seleccionados y establecer correspondencias con la realidad peruana del siglo XX, por lo cual este enfoque es el más adecuado. Otras características de obras que pueden responder a este tipo de abordaje mencionadas por la autora española y que dan sentido a la elección son, en primer lugar, que contribuye a la verdad social; en segundo lugar, que la condición socioeconómica de los personajes condiciona sus comportamientos, y, en tercer lugar, que el dinero es el elemento más importante de ordenamiento según los códigos sociales.

Las particularidades de la crítica marxista se encuentran en total concordancia con el objetivo de la presente investigación y, de acuerdo con lo expresado líneas arriba, los cuentos del corpus son susceptibles de análisis bajo esta perspectiva.

3. Diseño metodológico

El presente trabajo de investigación es de índole cualitativa, que según U. Flick, en *Introducción a la Investigación Cualitativa*,

tiene relevancia específica para el estudio de las relaciones sociales, debido al hecho de la pluralización de los mundos vitales. [...] esta pluralización requiere una nueva sensibilidad

para el estudio empírico de los problemas. Los defensores del posmodernismo han afirmado que la era de las grandes narraciones y teorías ha pasado: en la actualidad se requieren narraciones limitadas local, temporal y situacionalmente (2007: 15).

La elección de este enfoque investigativo responde a que el presente trabajo se centra en una problemática literaria que busca establecer la forma en la que se refleja la marginalidad en la sociedad peruana del siglo XX en los cuentos “Los gallinazos sin plumas”, “Interior L”, “La tela de araña”, “La piel de un indio no cuesta caro”, “De color modesto” y “Alienación”, de Julio Ramón Ribeyro. A partir de la teoría sociológica y marxista sobre el hecho literario y la relación pertinente que tiene con la teoría de las representaciones sociales, además de estudios críticos sobre la obra del autor y sociohistóricos del Perú en la época en mención, el estudio resultante dará cuenta de las correspondencias y representaciones, especialmente de marginalidad, al interior del corpus narrativo seleccionado.

Para esta investigación son necesarias diferentes fuentes de recolección de información: directorios de contenido como Google Académico, ResearchGate y Dialnet; la base de datos de la Biblioteca UIS y el repositorio de otras universidades; documentos de las revistas científicas Scielo y Redalyc; entre otros. Mediante estas fuentes se encontró y se continuará la búsqueda de información de reseñas, ensayos, textos de diferente tipología sobre poder, lucha social, estudios literarios y sociológicos, y sobre la narrativa de Ribeyro. El objetivo es hacer una crítica y una descripción relacional que involucra la forma de los elementos en el corpus literario seleccionado y la teoría sobre el contenido de estos.

Con el fin de cumplir los objetivos de la investigación, se utilizarán los motores de búsqueda mencionados líneas atrás. Además, para el análisis, es fundamental leer y estudiar de manera meticulosa los cuentos del corpus literario, a la luz de la teoría socioliteraria y la recolección de datos sociohistóricos del Perú del siglo XX. Esto, desde los recursos propuestos y

prestando atención al concepto de marginalidad, la teoría de las representaciones sociales, los preceptos de la crítica sociológica y marxista de la literatura, entre otros. A partir de la triangulación entre la historia, la teoría social y la teoría literaria se dará respuesta a la pregunta problema de este estudio.

4. Resultados

En este apartado, se presentará el análisis de los seis cuentos que componen el corpus literario de la investigación. Esto, a la luz de las bases teóricas proporcionadas por Núria Perpinyà en cuanto a crítica sociológica y marxista, además de la información social, histórica, política y económica del Perú obtenida para este fin. El análisis se divide en dos grandes categorías, de acuerdo con las características de cada relato. En primer lugar, se expone la explotación laboral; y, en segundo lugar, el racismo y exclusión social.

Ribeyro, en la introducción de *La palabra del mundo*, dice que “la historia del cuento puede ser real o inventada. Si es real debe parecer inventada y si es inventada real” (2009: 6). En este orden de ideas, personajes como Efraín y Enrique, pertenecientes a “Los gallinazos sin plumas”, recrean problemas como la explotación laboral, la violencia, el hambre, la falta de educación, la enfermedad y la exclusión social que experimenta, de una u otra forma, la base de la sociedad peruana en el siglo pasado. Minardi lo expone con más claridad cuando dice que en estos cuentos “la óptica dominante es aquella del individuo singular que podemos, sin embargo, considerar como simbólica representación del grupo social de pertenencia” (2002: 49).

4.1. Explotación Laboral

Los universos narrativos de los cuentos que se analizarán en este capítulo tienen un espacio de desarrollo común, que es la ciudad de Lima, en diferentes contextos: imponentes casas coloniales en Miraflores, casas de campo, clubes sociales, comunidades vecinales, corralones y barriadas establecidas en las afueras de la capital. Además, los personajes son una muestra ficticia pero representativa de los habitantes de la capital peruana en el siglo XX, sus lugares en la escala social y sus destinos de acuerdo con su posición en esta. Por la naturaleza de este trabajo el corpus literario es reducido, pero estas mismas características son evidentes en otros cuentos de Ribeyro, tales como “Tristes querellas en la vieja quinta”, “Los eucaliptos”, “El Chaco”, entre otros.

Luego de la industrialización de la costa peruana, que tuvo como epicentro a la capital del país, el valor del ser humano quedó en función de factores como la riqueza y la capacidad de producción. Las clases que se ven favorecidas en su posición económica procuran, además de mantener sus prerrogativas, evitar el ascenso social de las demás. Quienes poseen el capital tienen el poder sobre los otros. Por el contrario, quienes carecen de este parecen estar eternamente sometidos al yugo de los vestigios feudales de la colonia y al mercado capitalismo.

Los personajes ribeyrianos se ajustan a este patrón. En las bases de la pirámide de estratificación social, los menos favorecidos afrontan su condición de maneras diversas. Están aquellos resignados al destino que la sociedad les impone, los que escapan de esta y procuran un nuevo orden de vida, y aquellos que entran en una descarnada lucha por el ascenso social, aun a costa de su humanidad, sus valores y la dignidad de quienes los rodean o están a su cargo.

4.1.1. “Los gallinazos sin plumas”

Escrito en París, en 1954, y publicado en Lima al año siguiente, este relato presenta a Efraín y Enrique, dos niños que viven en un corralón con su abuelo, don Santos, hombre de setenta años, cojo y malhumorado. Este, cada mañana, los despierta a gritos para que vayan a trabajar. La tarea de los niños es recolectar todo aquello que sirva para alimentar a Pascual, el cerdo que su abuelo casi idolatra y se esmera en cuidar, puesto que el engorde y venta del animal representa una ganancia económica.

Los niños hacen de la jornada de explotación una aventura y cada “cubo de basura es siempre una caja de sorpresas” (Ribeyro, 1994: 22). Coleccionan desechos que creen interesantes y engullen cualquier alimento que se encuentre “casi bueno”. La faena tiene reglas: debe hacerse en la hora celeste, debe respetarse la distribución del espacio con los demás recolectores y, además, la búsqueda debe ser rápida y clandestina, porque la Baja Policía los persigue.

Al llegar a casa, casi siempre, el botín parece insuficiente para don Santos, quien los injuria. La voracidad del animal aumenta con el tiempo, tanto como la violencia del hombre y las extenuantes jornadas de los niños, que pronto tuvieron que “levantarse más temprano, a invadir los terrenos ajenos en busca de más desperdicios” y dirigirse “hasta el muladar” (1994: 23).

Como consecuencia de sus interacciones en este lugar, Efraín se corta la planta del pie y la infección llega pronto, dejándolo en cama. Su abuelo pretende obligarlo a trabajar, pero al ver que no es posible, sentencia a Enrique a trabajar el doble. Este, a su regreso, está acompañado de Pedro, un perro que encontró en el muladar. Don Santos se opone de inmediato a la tenencia del animal, pero cede ante la amenaza de Enrique “Si se va él, me voy yo también” (Ribeyro, 1994: 25). Desde ese momento, los niños y el perro se constituyen, cada uno para los otros, en refugio de amor, consuelo y compañía.

Un día, por un resfriado, también Enrique cae en cama, hecho que provoca la cólera del viejo, por el temor de que Pascual deje de engordar y muera. Como retaliación, priva a los niños de comida, pero al ver que la situación se prolonga, decide golpearlos para que salgan a la jornada. Enrique recibe los golpes de manera impasible, pero reacciona para defender a Efraín. Famélico, se dirige al muladar: “En el camino comió yerbas, estuvo a punto de mascar la tierra” (Ribeyro, 1994: 27).

De regreso al corralón, encuentra a su hermano, consternado, porque el abuelo se llevó a Pedro. Cuando descubre a Pascual devorando lo que quedaba de su amado perro, Enrique estalla y golpea al viejo, quien tropieza y cae al chiquero. La narración termina cuando los dos menores huyen, sin destino cierto, y dejan al viejo padecer la misma muerte que detonó la rebelión.

En “Los gallinazos sin plumas” se hacen evidentes distintos elementos de índole social que pueden relacionarse con la historia peruana del siglo XX y con el tema específico de este capítulo. Para empezar por los espacios en donde transcurre la narración, es claro que el abuelo y los niños, así como todos los de su clase y condición económica, habitan y frecuentan lugares incompatibles con la salubridad y las condiciones mínimas de dignidad humana. Los personajes viven en un corralón que se presume hace parte de un asentamiento humano conformado por varios más como ese, pues en un momento se menciona que los vecinos se quejan por los gruñidos de Pascual. Esto representa una situación concreta a la que se enfrentó Lima como ciudad, y sus habitantes, tanto antiguos como recién llegados. Respecto a dicha situación, Contreras, en la introducción del Tomo 5 del *Compendio de Historia Económica del Perú*, comenta que

la migración a las ciudades de la costa produjo varios fenómenos económicos y sociales. Uno de ellos fue la proliferación de la “informalidad”. Sin la infraestructura productiva y legal para recibir a los nuevos pobladores, que carecían de las condiciones requeridas por los empleadores urbanos, y de recursos económicos para comprar una vivienda en el excluyente mercado inmobiliario vigente, la capital de la república vio crecer las invasiones de terrenos en las áreas periféricas, donde se levantaron gigantescos barrios que carecían

de servicios domiciliarios. Sus pobladores montaron actividades comerciales y productivas que escapaban de la formalidad a fin de esquivar las cargas fiscales que las gravaban y subsistir con el pequeño margen de ganancia obtenido. (2020: 13)

Sobre esto último, en varios de los cuentos del corpus se encuentran personajes que, excluidos por el sistema, encuentran en la informalidad su único modo de supervivencia. Don Santos, por su edad y condición física, carece tanto de capital (significativo) como de fuerza de trabajo. Su capital es Pascual y la fuerza de trabajo reside en sus nietos, que son los encargados de conseguir el alimento del cerdo hasta que este se convierta en un ingreso económico tangible. Esta es la actividad del viejo, pero muchos otros encuentran en la basura algún tipo de miserable subsistencia: “Ellos no son los únicos. En otros corralones, en otros suburbios alguien ha dado la voz de alarma y muchos se han levantado. Unos portan latas, otros cajas de cartón, a veces sólo basta un periódico viejo”, refiere el cuento (Ribeyro, 1994: 21).

Además de su “vivienda”, estas personas frecuentan lugares que reafirman su marginación, como los vertederos, pues la ciudad les está vetada. De ahí que su actividad de recolectores deba hacerse clandestinamente, en la penumbra, siempre hostigados por la policía, aunque su labor no implique, en realidad, una acción ilegal. Su delito es afear las calles de una Lima que los repudia.

La situación de marginación, insalubridad, hambre y explotación en que viven los protagonistas es la misma de muchos otros, no solo en Lima, sino en todo el Perú. Como consecuencia, en las primeras décadas del siglo pasado la tasa de mortalidad es muy elevada. Contreras expone que, para 1907, la tasa de mortalidad en el país supera los 40 por cada mil habitantes adultos y los 248 por cada mil infantes (1994: 19-22). Con el tiempo, “el arribo de los enfermeros y las vacunas, junto con la apertura de las escuelas, serían factores importantísimos para la reducción de la mortalidad que produjo el inicio de la transición demográfica” (Contreras, 2020: 14). Efraín y Enrique no cuentan con la suerte de estos beneficios, pues no asisten a ningún

centro educativo o de salud y su misión diaria es trabajar hasta la extenuación. La interiorización de este pensamiento se evidencia en el siguiente fragmento: “Efraín sintió un dolor en la planta del pie. Un vidrio le había causado una pequeña herida. Al día siguiente tenía el pie hinchado; y, a pesar de ello, prosiguió su trabajo” (Ribeyro, 1994: 23). Más adelante, también Enrique contrae una gripa y, sin embargo, trabaja hasta que se le hace imposible salir de la cama.

El valor de los personajes, incluso el de los animales, se plantea en función de su capacidad de producción. Para don Santos, los niños no son sus nietos ni personas merecedoras de cuidados y afecto, sino el medio para engordar al cerdo; en otras palabras, son empleados a los que puede explotar laboralmente en misérrimas y desreguladas condiciones. Tampoco Pascual le genera sentimiento alguno de ternura o compasión, y si le habla, le canta y parece amarlo, no es más que por el éxtasis que le produce saber que recibirá dinero a cambio de él. Cuando Enrique llega a casa con Pedro, el viejo se opone a su tenencia, hasta que el niño argumenta que el perro puede ser útil en la búsqueda de restos de comida y amenaza con irse si no puede tenerlo. Solo así, aunque no de agrado, Don Santos cambia de parecer, al analizar que el perro puede contribuir a su objetivo. Ello corrobora el argumento de que, en esta primera parte de la cuentística ribeyriana, se hace evidente que el ser humano se siente proclive a explotar a los otros en pro de su beneficio personal. Poco importan las consideraciones morales, como lo indica el hecho de que el maltrato laboral se da entre miembros de una misma familia.

Como asegura Higgins, al igual que sus nietos, “Don Santos es una patética víctima del medio ambiente. Largos años de pobreza han convertido un deseo natural del bienestar económico en una obsesión” (1991: 29). Este hombre es el resultado del desamparo de su clase social y de la exclusión de una economía que se mueve con ella al margen. La suma de estos factores convierte

al anciano en un ser avaro, despiadado y casi despojado de humanidad, oprimido y opresor, deseoso de obtener lo que materialmente se le ha negado, sin importar los medios.

Zegarra expone que, en Perú, hacia el año 1961, “el 10% más rico (de la población) recibía más del 49% del ingreso nacional...mientras que el 10% más pobre recibía solamente el 1%”. Es decir, era “un país con extrema desigualdad” (2020: 66). Aunque una lectura superficial puede condenar al personaje del abuelo, una más profunda puede también llegar al entendimiento de que, tanto él como otros pobres, frente a la inequidad en la repartición de la riqueza, acumulan hambre de poder y dinero y, a su manera, replican el mismo sistema capitalista que los cohíbe, en donde no hay contemplaciones y cada uno oprime al que tiene más abajo. Es un ganar económico a costa de lo moral, lo ético y lo humano.

Para finalizar, librados de don Santos, se esperaría que la miseria de Efraín y Enrique termine o, cuando menos, tenga posibilidad de cambio, pero no es así, porque el viejo solo es una pieza insignificante de una maquinaria que los rebasa a todos. Si la explotación no viene de él, viene de otros, pero no desaparece, porque hace parte del sistema socioeconómico adoptado. No en vano, la última imagen del cuento nos presenta a dos niños desamparados que vagan por una ciudad que se abre ante ellos como una gigantesca mandíbula. En relatos del mismo libro, como es el caso de “La tela de araña”, los personajes que creen saborear la libertad caminan hacia las garras de un nuevo explotador, igual o peor que el anterior.

4.1.2. “Interior ‘L’”

Escrito en Madrid, en 1953, “Interior ‘L’” es otro de los relatos que componen *Los gallinazos sin plumas*, al igual que los dos cuentos que analizaremos en este capítulo. Aquí se narra la historia de un colchonero hastiado de su condición económica, que vive en una vecindad con su hija Paulina,

la única familia que le queda, pues su esposa y su hijo murieron de tuberculosis. Paulina está en la adolescencia y, prácticamente, funge como ama de casa en el lugar miserable que habitan.

Una tarde, más cansado que de costumbre, el colchonero regresa de su trabajo y se pierde en los recuerdos de una “época mejor”. Todo comenzó cuando descubrió que su hija estaba embarazada, producto de una violación. Al principio se mostró incrédulo y violento con Paulina, aunque después decidió buscar y enfrentar a Domingo, maestro de obra culpable del abuso, pero se acobardó ante la condición corporal aventajada del albañil.

Los Enríquez, una pareja a la que el protagonista les arregla sus colchones, se enteran de la noticia. El esposo se ofreció para llevar el caso ante la ley. Cuando el colchonero se encontró con Domingo en una taberna, lo amenazó con el proceso judicial y la condena en que terminaría. Domingo palideció y más tarde se presentó en la casa del hombre, acompañado por el ingeniero de obra para el que trabajaba. El motivo de la visita era ofrecer dinero a cambio de silencio. Luego de un débil alarde de dignidad, el padre recibió una suma significativa por la violación de su hija e incluso la obligó a servir cerveza y brindar con su agresor para cerrar el trato.

Con lo obtenido, el colchonero decidió darse la vida que deseaba: dejó de trabajar, gastó en licor, comidas, apuestas, ferias y compras para el hogar, que parecían subirlo de status. Poco a poco, el dinero se esfumaba, hasta que el escaso sobrante, con recelo del hombre, tuvo que invertirse en medicinas cuando Paulina tuvo un aborto. Sin rastro de la pequeña fortuna, el padre se vio obligado a volver al trabajo y a la miseria de antes.

La vida del hombre es una constante queja, mucho más después de experimentar los placeres de la burguesía. Como la compensación económica resultó de la violación de su hija, concluye que la forma de obtenerla nuevamente es repitiendo la situación. La narración finaliza

cuando el colchonero sale de sus cavilaciones, se refiere a su agotamiento y necesidad de reposo, y le pide a Paulina que busque una vez más a Domingo.

Si se analizan los espacios de la narración, todos corresponden a lugares marginales. Por una parte, toda la acción de introspección y diálogo sucede, como el mismo título indica, al interior de la vivienda vecinal del colchonero, que se describe como un lugar decadente, sucio, con los muebles descompuestos y el tragaluz con el vidrio roto, elemento que, por cierto, capta incesantemente la atención del hombre. Por otra parte, la historia hacia la cual se desliza su memoria incorpora otros lugares que conforman el panorama de la clase baja: las calles de la vecindad, la pulpería y la chingana.

Como el colchonero, los otros residentes del barrio tienen ocupaciones relegadas por aquellos que se encuentran más arriba en la escala de estratificación social. Se menciona al albañil, al maestro de obra, al carpintero, al gasfitero, al carnicero y al repartidor de pan. La diferencia entre estos y otros personajes, como los Enríquez o el ingeniero, está claramente definida, más allá de sus ocupaciones, por sus condiciones de vida. Contrario a lo que sucede en la vecindad, la pareja de esposos vive en una casa digna, la señora permanece en el hogar, el hombre es abogado y se presume que no hay escasez de alimentos, pues la mujer es obesa. Además, se permiten contratar los servicios del colchonero cada cierto tiempo, porque están en capacidad de pagarlos y porque las cosas en las viviendas de estas personas no llegan a estar “destartaladas”, como el catre del protagonista.

Aunque en los cuentos analizados en este capítulo se mencionan rasgos físicos de los personajes, estos aparecen de manera dispersa y no parecen tener una intención tan específica como la que tiene la descripción de Paulina. González Montes dice que “el narrador usa la técnica de la descripción para caracterizar socioculturalmente a la coprotagonista” (2013: 46). Ella es una

“cholita de quince años, baja para su edad, redonda, prieta, con los ojos rasgados y vivos y la nariz aplastada” (Ribeyro, 1994: 30, 31). La palabra “cholita”, sumada al resto de los rasgos de la adolescente, pone en evidencia su ascendencia indígena y la ubica dentro de uno de los grandes grupos socialmente excluidos en el país.

Paulina y su padre son los sobrevivientes de lo que fue una familia de cuatro integrantes. La madre y el hermano sucumbieron a la tuberculosis. En el Perú de inicios del siglo XX, diferentes enfermedades infecciosas y virales diezman a la población. Carlos Contreras (1994: 18), en su artículo *Sobre los orígenes de la explosión demográfica en el Perú: 1876-1940*, hace una descripción detallada, que incluye las fechas en las que la peste bubónica, la tuberculosis, la fiebre amarilla, la malaria, el sarampión y la viruela elevaron los índices de mortalidad en el país. En un paralelo con la realidad, los dos muertos de esta familia son víctimas, al igual que muchos peruanos, de las condiciones de precariedad que los rodean y que atentan no solo contra su dignidad humana, sino también contra sus vidas, puesto que las enfermedades mencionadas proliferan en ambientes de suciedad y hacinamiento, y en individuos poco saludables.

Ahora, entre los vivos, Paulina sigue siendo víctima de aquello que mató a su madre y hermano, pero, además, es víctima de explotación. Esta se da en dos sentidos: doméstica y sexual. Doméstica en la medida en que la adolescente es la encargada de las labores del hogar y debe atender a todos los mandatos de su padre, justificados o no. Sexual desde el momento en que el hombre decide que el dinero puede pagar la dignidad de su hija, que fue violada, y lo celebra cual negocio: “Aquella vez Paulina también llegó con la cerveza pero, cosa extraña, hubo de servirles al ingeniero y a su violador. Ella también bebió un dedito y los cuatro brindaron por «el acuerdo»” (Ribeyro, 1994: 34). Pero la explotación pasa de ser ocasional a perpetuarse en el momento en que el colchonero propone a su hija repetir el ciclo de violencia. A partir de este punto, la joven es

percibida como un potencial generador de dinero a través de la venta de su cuerpo, y sus cualidades de ser humano, sujeto de derechos, etc, son suprimidas por su padre.

Otra cuestión importante de análisis radica en el uso del dinero que hace el colchonero, que representa un ejemplo de la perpetuación del ciclo de pobreza. Es alcohólico y la llegada del pago por la violación de su hija exagera este mal y despierta otros. El hombre se convierte en un damnificado más de un sistema socioeconómico que necesita personas pobres con deseo de ascenso social, con trabajos en donde devenguen sueldos paupérrimos que luego invierten en alcohol (o cualquier sustancia inhibidora de la realidad) o en una imitación barata de la vida burguesa. Dicha embriaguez, con alcohol o con pequeños “lujos”, no cambia sus realidades ni llena sus expectativas, pero sí agota sus recursos económicos, por lo que se ven obligados a continuar en sus trabajos mal remunerados y extender el mencionado ciclo. El protagonista del cuento cede ante los dos escenarios, pues con el dinero en su poder, además de seguir consumiendo alcohol, decide pagar la vida que desea: una sin trabajo, en la que constantemente acude a ferias, restaurantes, hipódromos y tabernas. Sin embargo, como se dijo, esto no puede durar, porque tanto como el dinero posiciona, la falta de este cohibe. El hombre anhela continuar viviendo su sueño capitalista, pero ya no basta con sus ganancias como colchonero, pues de forma accidental, descubre en Paulina un medio de producción. Montes afirma que

el narrador, desde la conciencia más profunda del colchonero, nos muestra cómo este...le sugiere que retome el contacto con Domingo, a fin de que el proceso de cambio de dinero por dignidad se pueda volver a dar y el protagonista disfrute otra vez de tranquilidad y no tenga apremios. (2013: 49)

El constante descontento del colchonero frente a su vida, por supuesto, tiene fundamento. Él es otra víctima del sistema social que pone a los de su clase en condiciones de inferioridad, explotación y marginación. Pese a una vida completa de trabajo, no posee nada, y entiende que no existe posibilidad de cambio para su condición, si este depende de su empleo. La estratificación

social lo condenó, desde el inicio, a las peripecias del camino de la pobreza: no posee un lugar digno para ocupar con su hija, fue demandado por desahucio y perdió a dos miembros de su familia a manos de una enfermedad característica de lugares míseros e insalubres. De esta imposibilidad de ascenso social por cuenta propia puede surgir una lectura del cuento en relación con el proceso educativo de Paulina. Antes de la violación, la adolescente asistía a la escuela y la reacción de su padre al enterarse de su deserción permite deducir que tenía expectativas en torno a su educación. Sin embargo, luego del arreglo económico con Domingo y el ingeniero, es evidente que esta deja de importar. ¿Por qué preocuparse por la posible mejora que daría la educación a la calidad de vida de Paulina en el futuro, si su explotación sexual inmediata provee a su padre de dinero y, por tanto, de muchos de los elementos que le han sido negados por la aristocracia y la burguesía peruana? Este hecho reproduce, en el pensar y actuar de los personajes ribeyrianos, el posicionamiento del dinero sobre los lazos familiares, los derechos humanos, la justicia, la ética y la moral.

Del mismo modo que en el cuento anterior, una adolescente, que debe ser para su padre objeto de amor y protección, encuentra en él violencia y explotación. Esta relación permite establecer un orden tanto en el funcionamiento de la sociedad, como en la secuencia de hechos que desembocan en el uso de los niños como medio de producción. En primer lugar, hay una jerarquía social establecida, en cuya cúspide están los herederos de la colonia, casi en el mismo nivel de la naciente burguesía capitalista, seguidos por la clase media, la clase obrera y, en la base, campesinos, indígenas y negros. Esta jerarquía, valga la aclaración, no es solo un esquema que rige el universo narrativo de los cuentos en cuestión, sino una realidad peruana en la mayor parte del siglo anterior, y a partir de ella el mundo se divide entre explotadores y explotados, cuya relación está mediada por el aprovechamiento abusivo y desmedido de los primeros sobre algún recurso de los segundos, como su fuerza de trabajo o su cuerpo, en aras de un beneficio que es,

generalmente, económico. En segundo lugar, cada clase social oprime constantemente a su inferior; las más altas, además, viven en pugna por el poder; la media procura el ascenso social, mientras bloquea esta posibilidad a los demás; por su parte, la clase baja soporta el peso de las otras y se encuentra entre la marginación y el estallido. Entonces, don Santos y el colchonero no son más que dos individuos hostigados por el sistema, contagiados de aspiraciones, que reproducen, al interior de sus núcleos, las reglas y funcionamiento de la sociedad. Solo dentro de ese pequeño círculo ellos son los opresores y se benefician de los otros.

Respecto al argumento de este y el anterior cuento, González Montes advierte que “el narrador pone en evidencia la catadura moral de ambos personajes para que los lectores valoremos estas actitudes humanas en este mundo de la marginalidad” (2013: 50) y que el autor

permite apreciar el punto de vista crítico del narrador respecto de este mundo constituido por personajes pobres y marginales. Si bien nos los presenta con un máximo de esfuerzo y comprensión de su drama humano, no deja de revelar sus deficiencias y actitudes en relación con seres que son parte de su propio entorno familiar... (2013: 50)

Los dos primeros cuentos analizados en este capítulo presentan el patrón de núcleos familiares pobres, en los cuales los adultos, rendidos al fracaso social y económico, transforman a los niños de su familia en medios de captación de dinero, a través de su explotación laboral y sexual. El análisis a continuación también involucra a una adolescente explotada, ya no en una, sino en las dos formas anteriormente dichas, y no solo por su familia, sino por una suma de individuos que representan al aparato opresor de su clase en la sociedad peruana.

4.1.3. “La tela de araña”

Escrito París, en 1953, y publicado en Lima, en 1955, este relato cuenta la historia de María, una joven de dieciséis años que llega a Lima desde Nazca en busca de oportunidades. El negro Julio,

con pesar, pero instigado por su esposa, la ubica como sirvienta en casa de doña Gertrudis. Allí la joven se encarga de las labores domésticas y atiende a la familia, pero su vida se vuelve insoportable cuando Raúl, hijo de la patrona, empieza a acosarla sexualmente.

En esos días María conoce a Justa, la sirvienta de la casa vecina, y le cuenta su problema. La mujer no se sorprende, pues reconoce la situación como algo normal a lo que deben enfrentarse. María, exasperada con el creciente asedio de Raúl, lo acusa con su madre, que tiene una reacción similar a la de Justa: no está sorprendida por algo que parece ser común. Sin embargo, después de la queja, llegan unos días de relativa calma que, no obstante, preceden a un hostigamiento sin medida por parte de Raúl.

En vista de la situación, Justa le habla a la muchacha de su amigo Felipe, dueño de una panadería, que puede protegerla y conseguirle otro trabajo. María acepta y una noche huye con su compañera a una habitación en la ciudad, dispuesta por el misterioso hombre. Allí, espera por horas, pacientemente, mientras repasa su vida y se deleita pensando en su libertad, su falta de obligaciones y en el mejor futuro que se le presenta.

Con la espera, un mal presentimiento se apodera de la adolescente y este se hace realidad cuando su “protector” aparece para mostrarse más abusivo y acosador que el propio Raúl, con el agravante de la mayor condición de desamparo en que se encuentra ahora María, lejos de casa, perdida en la ciudad, sin dinero, sin conocidos y sin trabajo. En ese momento, piensa en la traición de Justa, su única allegada. El relato termina cuando María, con resignación, entiende y acepta su destino en manos del panadero, y la imposibilidad de una vida mejor, ni siquiera igual a la que llevaba hasta antes de esa noche.

En este relato se observa la misma técnica narrativa que en el anterior. La acción sucede al interior de la habitación de vecindad en donde la protagonista espera a Felipe Santos, y es desde

la inmersión en sus recuerdos como se conoce su historia. María es la perfecta representación de las miles de personas que en las primeras décadas del siglo XX llegan a Lima, desde lugares lejanos, en busca de oportunidades inexistentes en sus lugares de origen. La migración se hace forzosa y la ciudad se hace atractiva porque, como dice Romero, “alojaba una intensa actividad terciaria, con mucha luz, muchos servicios de diversa índole, con muchos negocios grandes y chicos, con mucha gente de buena posición que podía necesitar criados o los variados servicios propios de la vida urbana” (2008: 326).

No hay un atisbo de felicidad o bienestar en la vida pasada de María y lo que parece llegar a cambiar este hecho resulta ser una continuación de su desgracia. De cara al cambio, “le pareció que el mundo se dilataba, que las cosas se volvían repentinamente bellas y que su mismo pasado, observado desde este ángulo nuevo, era tan solo un mal sueño pasajero” (Ribeyro; 1994: 57). Más adelante, agobiada por la espera, “trató por un momento de refugiarse en algún recuerdo agradable, de cribar todo su pasado hasta encontrar un punto de apoyo” (1994: 62). Estos fragmentos ofrecen el panorama de una corta vida marcada por el flagelo de la pobreza: abandonada por su padre, obligada a trabajar desde niña, lanzada a una ciudad lejana y desconocida para encontrar frialdad en los de su condición, y dominación y acoso en las esferas sociales superiores.

Al respecto, Romero afirma, en lo concerniente a las migraciones del campo a la ciudad en Latinoamérica, que “el problema era llegar, e inmediatamente después introducirse en el misterioso tejido social de la ciudad. Era difícil conseguir un techo, un trabajo, un amigo familiarizado con la ciudad que iniciara al recién llegado en sus secretos” (2008: 327). En este caso, la protagonista llega a casa del negro Julio y su esposa, familia pobre que reside en Lima, y de todas las necesidades del recién llegado, estos le resuelven la de trabajo, pues, muy a pesar de Julio, la ubican como sirvienta en la casa de Gertrudis. El negro, a pesar de su escasa educación,

entiende que María es una adolescente y que el hecho de que trabaje se constituye en una explotación. Sin embargo, su esposa se muestra incompasiva, pues este sistema está inherente a la sociedad y también le fue impuesto a ella desde muy temprana edad.

Del mismo modo que en los relatos anteriores, se evidencia que los pobres no pueden ni están en capacidad de aspirar a trabajos diferentes a los predeterminados para ellos. Hay tres personajes femeninos de estrato social bajo, la esposa de Julio, María y Justa, y todas tienen la misma ocupación: son sirvientas en casas de familias acomodadas. Además, de las dos primeras se puede decir que trabajan desde la niñez. Esto explica la excitación de la protagonista al huir de su antiguo trabajo. Como el colchonero de “Interior L” y otros personajes marginados, sueña con lo que no ha tenido nunca: una vida libre de trabajo y servidumbre, como retrata el siguiente fragmento: “Al abandonar su barrio le pareció que los malos días quedaban enterrados para siempre, que una vida expansiva, sin obligaciones ni mandados ni diarias refriegas en la cocina blanca, se abría delante de ella” (Ribeyro, 1994: 62).

A propósito del título, las arañas y las telas de araña aparecen de forma recurrente en el relato, siempre en relación con los aspectos que atormentan a María, como Raúl, la espera de Felipe Santos e incluso la “ciudad para ella extraña, bajo cuyo cielo, teñido de luces rojas y azules, las calles se entrecruzaban como la tela de una gigantesca araña” (1994: 62, 63). Respecto a esto, González declara que

más allá de los hechos presentados como parte de la trama, al narrador le interesa probar que el personaje, por su extracción social, está inserto en una estructura de sujeción de la que no puede escaparse. De ahí que los personajes cumplan también la función de ser parte de ese engranaje que oprime a María en una red de la que no puede librarse. (2013:70).

Cuando la adolescente ya está anclada al mundo del trabajo, este apenas le proporciona las condiciones mínimas de subsistencia, pero se nos revela que su condición de persona necesitada no desaparece. Por ejemplo, ella hace su propia ropa o usa la que desechan las hijas de su patrona;

cuando huye, lo único que lleva es una bolsa con pocos trapos viejos; y cuando se ve por fuera de la casa de Gertrudis, la recomendación de Justa, en caso de tener hambre, es ir a la pulpería por un “pan con mortadela”. Esto solo quiere decir que la muchacha, aunque trabaja arduamente, en realidad no tiene nada, ni siquiera lo suficiente para una comida digna. De esto se desprende la facilidad con que a María se le vende un “protector”. Es fácil vender esta figura precisamente a una persona desprotegida, abandonada por todos, carente y asediada dentro del único lugar que conoce en la ciudad.

A esta carencia recurre Raúl cuando pretende comprar los favores sexuales de María con ropa. Lo mismo hace Felipe cuando, con la misma intención, presume ser dueño de una panadería y le entrega a la joven el “regalito” que se constituye en el símbolo de una transacción sexual a cambio de algún beneficio. Mal que no solo sufre ella, sino muchas mujeres, como Justa, que también dice haberlo vivido o, dada la reacción de Gertrudis a la denuncia de acoso de María, las anteriores sirvientas de la casa. Aunque cambia el modo, es igual el caso de Paulina en “Interior L”, y es lo que Higgins describe en dos posibles lecturas de la historia como “la perenne victimización de la mujer peruana a manos del hombre rapaz” (1991: 76) y la “explotación de los débiles por los fuertes” (1991: 77).

Este es el tercer relato consecutivo en el capítulo que presenta a una menor de edad, de condición socioeconómica baja, explotada, pero ya no solo al interior de su núcleo familiar, sino también por personas que le son totalmente ajenas y en las que ella, como inmigrante, pone sus esperanzas de prosperidad. El contexto histórico del cuento, dice Higgins, es el de

la industrialización y expansión urbana de los años 40 y 50, un proceso de incontrolado desarrollo capitalista que perpetuó y aún fomentó hábitos de rapacidad. La experiencia de María no es solo la de una mujer en una sociedad dominada por los hombres, sino también la de una inmigrada de las provincias. Como tantos provincianos, ha venido a la capital desde Nazca en busca de una vida mejor, pero en vez de realizar sus esperanzas se ve maltratada y explotada. (1991:77).

María, al igual que Efraín y Enrique en “Los gallinazos sin plumas”, cuando se ve sobrepasada por la explotación y el acoso a los que es sometida, huye, pero la ciudad no tiene otra cosa para ofrecerle que individuos como ellos. Por lo tanto, estos personajes confunden con libertad el lapso entre la huida y la caída en las redes de un nuevo explotador. Este es el único destino que les ofrece la Lima burguesa, capitalista y cada vez más industrializada de la época.

4.2. Racismo y exclusión social

Una característica común de los cuentos que analizaremos en este apartado es que sus personajes habitan un universo en el que la raza, el lugar y la familia de procedencia están directamente relacionados con la posición que ocupa cada uno en la sociedad. Al adentrarse en la historia del Perú, es posible determinar que este orden social que segrega a unos y privilegia a otros realmente regía al país en el siglo XX. Otras narraciones en donde puede rastrearse este rasgo son “Los moribundos” y “El chaco”.

Con un proceso de independencia tardío respecto a otros países latinoamericanos, durante gran parte del siglo pasado, Perú cargó con el peso del pensamiento colonial y de la economía latifundista que, en la práctica, no terminaba de acabarse. El arraigo de estos dos sistemas acarreó varias consecuencias. En primer lugar, los indígenas y los negros se encontraban en lo más bajo de la escala social, tal como estaban durante la dominación española. Por lo tanto, estaban despojados de todo, excepto de su fuerza de trabajo, y condenados a diferentes tipos de servidumbre. Es decir, se mantiene lo que Aníbal Quijano, en el prólogo a los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, de Mariátegui, describe como una “configuración histórica específica, en la cual uno de los ejes constitutivos es la idea de “raza”, como el fundamento de todo un nuevo sistema de dominación social” (2007: Introducción, CXXVIII, CXXIX).

En segundo lugar, con la inevitable entrada del capitalismo al país, el sistema económico cambia y, con él, la distribución del poder. Que este cambio de manos implica, necesariamente, una lucha. Para el caso, la disputa es entre los herederos de la colonia, los terratenientes gamonales de la sierra y la más reciente burguesía de la costa, que se abre al mercado y sus prebendas. Aquí, el padecimiento ya no es solo de aquellos marginados por razones raciales y étnicas o de aquellos que no poseen capital, sino también de quienes ostentan posiciones privilegiadas, pero asisten al derrumbamiento del orden social que los favorece.

Como se dijo en el primer capítulo, los cuentos que se analizarán a continuación son una muestra, dentro de la ficción, de situaciones que efectivamente pertenecen a la historia del Perú en el siglo XX y, por lo tanto, permiten hacer conexiones bastante precisas en cuanto a hechos históricos, y suposiciones en cuanto al actuar de los personajes dentro del entorno narrativo en el que se desarrollan.

4.2.1. “La piel de un indio no cuesta caro”

Escrito en París, en 1961, y publicado en Lima, en 1964, presenta a Dora y Miguel, joven pareja burguesa que pasa el fin de semana en su casa de campo en Yangas, cerca al Club que preside el tío de Dora. Los acompaña Pancho, un indígena adolescente del Cuzco que se encuentra bajo la custodia de Miguel.

Hacia la tarde del domingo, Mirella y Víctor, hijos del presidente, van al cerro a cazar con Pancho. Mientras tanto, su padre habla con Miguel de negocios, adjudicación de contratos de diseño arquitectónico y de la importancia de relacionarse con los demás socios. La pareja es invitada a una fiesta esa misma noche.

De repente, los hijos del presidente del club bajan del cerro aterrorizados, gritando que Pancho se cayó y “está negro”. Miguel se lanza a su rescate y lo encuentra electrocutado por la red que alimenta de energía al lugar. Hace un inútil esfuerzo por reanimarlo y, al ver que no funciona, lleva su cuerpo a la Asistencia Pública de Canta, donde el médico, por petición del hombre, intenta diversas maniobras de resucitación.

Declarada la muerte de Pancho, Miguel informa el accidente en la comisaría y regresa al Club. Allí, el presidente está alterado por lo que sus pobres hijos tuvieron que presenciar. Cuando Miguel le informa que la muerte fue causada por un defecto en la instalación eléctrica, este lo insta a callar y empieza a hablar de lo que habría hecho si hubieran sido Víctor o Mirella quienes tocaran el alambre, a lo que Miguel responde que el muchacho también tenía padres y él les dará parte de lo sucedido. El hombre lo ignora y continúa atendiendo la fiesta que se dará en la noche y hablando de los proyectos del club. Miguel, consternado, se retira y dice que regresará a Lima al final del día.

En tanto la pareja dispone sus cosas para el viaje, el presidente va a Canta y vuelve con una carta en donde el dictamen médico y el parte policial declaran a Pancho muerto por una “deficiencia cardíaca”. Después, el joven va al cerro y descubre a dos hombres, en plena oscuridad, reparando la instalación defectuosa. Al volver, Dora le entrega un cheque de parte de la Dirección del Club para que los padres entierren al muchacho. Miguel titubea al recibirlo, pero lo guarda, mientras reflexiona que no queda rastro alguno del accidente. El relato termina cuando el joven arquitecto, como los demás, decide que no es tan importante la muerte del indio: cancela su regreso a Lima y se va a la fiesta con su esposa.

Dos temas se despliegan en el análisis de este cuento. El primero es el racismo ejercido sobre la figura de Pancho y lo que este representa en la escala de valor social peruana de mediados

del siglo pasado. El segundo es el proceder de Miguel, que “representa un nuevo tipo de burgués de espíritu liberal” (Higgins, 1991: 69), ante un acontecimiento que puede truncar su ascenso social y profesional, además de su permanencia en el círculo burgués.

Varios hechos ponen de relieve la posición de inferioridad del niño respecto a los demás personajes. Para empezar, no es casualidad que Pancho apenas tenga voz en una línea de todo el cuento, mientras que su familia se menciona, pero tampoco obtiene un desarrollo. Ellos no tienen voz, como tampoco tienen importancia en la sociedad. Se sabe que son originarios de Cuzco, departamento que, según el Ministerio de Cultura del Perú, “alberga a ocho pueblos indígenas u originarios” (2020: 1), y cuya capital era para la época “una ciudad pequeña que se caracterizaba por tener una precaria estructura urbana, estar sostenida en el sistema económico de hacienda [...] y mantener una estructura social estamental regida por cánones coloniales” (Aguilar, 2019: 157).

Los padres de Pancho son fiel representación de los miles de serranos que para la época migran a Lima, huyendo de las condiciones que la herencia feudal y el nuevo gamonalismo imponen a su grupo étnico. La afirmación anterior se torna más certera si se vuelve sobre la parte del texto que menciona que viven cerca del Porvenir, barrio que se construye en 1943 para los obreros atraídos por los trabajos que genera el Mercado Mayorista (Ugarte, 2019: 78). Es decir, Pancho y su familia forman parte del grupo de peruanos que, a pesar de ser mayoría, por su origen racial y étnico, están condenados a la opresión y marginación a manos de las altas esferas sociales.

Como varios personajes de los cuentos analizados en el capítulo anterior, Pancho es un adolescente, descendiente de una línea de pobreza, sin acceso a educación, llegado a Lima desde la sierra y caído en el núcleo de una familia burguesa que se configura como su “protectora”, pero no es más que un tentáculo del aparato que dispone de ellos y los explota en las más diversas maneras, pues los considera seres inferiores, nacidos para el servicio. Esta deshumanización del

indio se denota en las expresiones de Dora al referirse a él: “¿Piensas quedarte con él?” (Ribeyro, 1994: 154) o “Guárdalo entonces contigo. Te puede ser útil” (1994: 154). González Montes considera que “los términos con que ambos tratan al adolescente indican que existe, de por medio, una relación de dependencia laboral con rasgos semif feudales, lo cual concuerda con el hecho de que el joven procede del Cusco” (2013: 154).

Lo anterior permite asegurar que Pancho adquiere cierto valor solo en la medida en que pueda prestar algún servicio a la pareja de esposos, pero dicho valor está en función del beneficio que de él pueda obtenerse y no tiene nada que ver con el respeto o la estima que merece por su existencia como ser humano ni es comparable al que tienen, por ejemplo, otros niños de su edad, pero de extracción burguesa, como Mariella y Víctor. Esto queda claro cuando salen hacia el cerro a cazar y la responsabilidad del cuidado de los hermanos se encarga al indio. Incluso en los espacios que escapan a los de un trabajo para sus “patrones”, la jerarquía está marcada y la posición del joven es la de un inferior al servicio de cualquier miembro de las clases sociales altas. De modo que, si él y su familia dejaron la sierra para escapar de los vestigios de la feudalidad y el gamonalismo, que condenan al indio a una subrepticia esclavitud, el propósito no se logra, porque como bien dijo Mariátegui,

el término “gamonalismo” no designa solo una categoría social y económica: la de los latifundistas o grandes propietarios agrarios. Designa todo un fenómeno. El gamonalismo no está representado sólo por los gamonales propiamente dichos. Comprende una larga jerarquía de funcionarios, intermediarios, agentes, parásitos, etc. (2007: 28)

Para el caso, el fenómeno lo representan no solo Dora y Miguel, sino también el presidente, sus hijos y los funcionarios de la Asistencia Pública y la Comisaría de Canta que, por razones étnicas, directa o indirectamente, degradan a Pancho a un ser humano de segunda categoría, desechable y con valor nominal.

Estos últimos personajes actúan bajo la premisa de la supremacía social blanca-burguesa. Dora se muestra renuente a la presencia del muchacho, hasta que reflexiona que les puede ser de utilidad. Aun después de eso, su actitud frente al adolescente y lo que ocurre con él es de insensibilidad y desdén. Para ella, la apariencia de su esposo o la fiesta en el club son más importantes que la muerte de Pancho, porque este es un indio, es decir, una pieza de uso y descarte, y su muerte no significa una tragedia, sino un percance.

Del mismo pensamiento es el presidente del club, pues su molestia no es por la suerte que corrió el muchacho, sino por la impresión que el hecho causó en sus hijos y lo que puede significar para el club, si se conoce la causa de muerte:

- ¿Qué diablos ha sucedido? Mis chicos están alborotados. A Mariella hemos tenido que acostarla.
- Pancho, mi muchacho, ha muerto electrocutado en los terrenos del club. Por un defecto de instalación, la corriente pasa de los cables a los alambres de sostén.
- El presidente lo cogió precipitadamente del brazo y lo condujo a un rincón.
- ¡Bonito aniversario! Habla más bajo que te pueden oír. ¿Estás seguro de lo que dices?
- Yo mismo lo he recogido y lo he llevado a la asistencia de Canta. El presidente había palidecido.
- ¡Imagínate que Mariella o que Víctor hubieran cogido el alambre! Te juro que yo...
- ¿Qué cosa?
- No sé... Habría habido alguna carnicería... (Ribeyro, 1994: 159)

El fragmento anterior pone en evidencia dos realidades. En primer lugar, que la muerte del joven cusqueño no es importante *per se*; adquiere importancia en la medida en que perjudica a los integrantes de la élite: Mariella, Víctor, el presidente y los socios. Y, en segundo lugar, la sustancia que da título al cuento: la piel de un indio no cuesta caro; por lo menos, no lo suficiente para tratar su deceso con el debido proceso, en materia legal, ni con el debido respeto, en materia moral. El valor del indio tampoco es tanto como para llevar a cabo la “carnicería” que habría si su lugar lo ocupara un niño burgués. De nuevo, para la sociedad peruana de la época existen seres humanos de primera y segunda categoría, y la clasificación está en función de la etnia y la posición económica.

Es preciso resaltar el papel de los funcionarios públicos en el tratamiento que se da a la muerte de Pancho. Sin su cooperación, el acto de corrupción no tendría lugar. Sin embargo, como se ve en varios cuentos de Ribeyro, el sistema se encuentra al servicio de las altas esferas sociales. Aun cuando los empleados de la Asistencia Pública y de la Comisaría pertenecen a las clases oprimidas, han interiorizado los códigos sociales que delegan el poder a la burguesía. Por lo tanto, ejercen cargos que pierden solidez ante órdenes y sobornos de sus miembros.

Ahora, el análisis del personaje de Miguel va más allá que el de los anteriores, pues este presenta una dicotomía. Por una parte, él siente por Pancho alguna clase de afecto genuino, dado que tiene intenciones de enviarlo a la escuela en Lima, y es sabido que para los niños de su origen esto representa, en la práctica, un privilegio. Además, de cara al accidente, el hombre agota hasta el último recurso para salvar su vida y, tras el fracaso, toma la posición de quien entiende que su muerte es tan significativa como puede ser la de cualquier otra persona y “se ve frustrado por las sórdidas maquinaciones de una clase lo suficientemente poderosa para manejar el aparato social en beneficio propio” (Higgins, 1991: 70). Sin embargo, su relación con el niño cusqueño está mediada por la servidumbre. Asimismo, su sentido de justicia social no tarda en decaer ante la posibilidad de contrariarse con quien lo provee de contratos. En este orden de ideas, Miguel ve en el tío de su esposa un instrumento para su ascenso como profesional, por lo que causar problemas a los socios del club, que además de financiar los proyectos, representan a la burguesía limeña, significará su marginación al actuar en favor de la justicia y en contra de los intereses de su grupo. Higgins asegura que “si Miguel representa un nuevo liberalismo burgués, la pusilanimidad con la cual transige con sus principios demuestra que ese liberalismo no es sino epidérmico” (1991: 72). González Montes, por su parte, reflexiona sobre la conducta del personaje cuando dice que este “simboliza, sin duda, a la clase media que solo declarativamente manifiesta adherirse a la causa de

los oprimidos y marginados y no es capaz de luchar contra el poder para afirmar los derechos de los más desprotegidos” (2013: 157).

Finalmente, queda el acto en relación con el cheque que se emite a la familia del muchacho. Este pone de manifiesto la arraigada costumbre de los ricos de apelar a la carencia de los pobres como punto frágil para la dominación. En este caso, se sabe, según lo que se analizó líneas arriba, que los padres de Pancho también son personas marginadas. Por lo tanto, quienes envían el dinero asumen que no tienen nada material, por lo que el cheque adquiere más peso en sus vidas que el propio dolor de la pérdida o el instinto natural de llegar al fondo de un asunto tan sensible. Miguel tiene la potestad de tomar el camino de la justicia o de entregar a la familia un dinero que él sabe, con certeza, representa un pago barato y vulgar por la vida de su joven hijo. El arquitecto, intimidado por la exclusión social que podría sufrir, escoge el segundo camino, porque como asegura Mariátegui, “no existe en el Perú, como no ha existido nunca, una burguesía progresista, con sentido nacional, que se profese liberal y democrática” (2007: 28). Miguel es otro de los muchos personajes ribeyrianos del corpus que supedita su moral y humanidad al dinero y la posición social.

4.2.2. “De color modesto”

Este cuento comparte con el anterior su lugar y fecha de escritura, además de hacer parte, también, de *Las botellas y los hombres*. Alfredo, hombre joven de origen burgués, acompaña a su hermana a una fiesta en Miraflores. Tímido, mal conversador y peor bailarín, Alfredo acude al ron para desinhibirse. A pesar de sus esfuerzos, no encuentra pareja de baile, ni siquiera entre el grupo de mujeres mayores que él supone desesperadas. Los asistentes a la reunión, hombres y mujeres, lo

excluyen, porque aun cuando tienen un origen de clase común, Alfredo ya no es ni tiene lo que se espera de un burgués: se dedica a la pintura y no tiene carro ni dinero, más bien “sobrevive”.

Excluido, pero decidido a bailar con alguien, termina en la cocina y obliga a una negra del servicio a bailar con él. Pronto son descubiertos por el dueño de casa y los invitados que, desconcertados, desaprueban al pintor, mientras que el dueño degrada y amenaza a la mujer. Después de una discusión, son expulsados del lugar y caminan juntos por la ciudad. La negra se muestra constantemente preocupada no por ella, sino por Alfredo, por las consecuencias sociales de sus actos. Mientras tanto, él, deliberadamente, decide pasar por su casa, provocando indignación en su padre, que los ve desde el interior.

Después, en un recorrido por el malecón, la policía los intercepta e interroga bruscamente porque, según ellos, nada decente puede hacerse en la oscuridad con una negra. Luego, en la comisaría, los oficiales se burlan cuando Alfredo asegura que la señorita es su novia. Incluso insinúan que es prostituta. Finalmente, deciden que para el burgués que tienen al frente el ridículo es más castigo que el calabozo y conducen a la pareja al Parque Salazar, en donde deberán pasearse juntos. Aun cuando el pintor acepta la condición en un principio, al llegar a la plaza comprende el escrutinio al que será sometido por los de su clase y huye apresurado bajo una falsa excusa. La negra lo sabe, es consciente de “su lugar” y, resignada, también emprende su camino.

Al interior de esta narración se pueden observar los dos fenómenos de que habla este capítulo: el racismo, sufrido por la coprotagonista, y la exclusión social, de la que es víctima tanto ella como Alfredo. Los hechos tienen lugar en el distrito de Miraflores, que se erige como representación del universo capitalino, sus integrantes, sus roles y sus dinámicas.

Para empezar por el protagonista, este hace parte del conglomerado social que era la clase media y la burguesía limeña de las décadas de 1940 y 1950. Como muchos individuos de su

condición que, en la realidad convulsionada de un país en vías de industrialización y cambio de paradigma económico, “Alfredo representa esos sectores de la burguesía que han venido a menos porque han perdido la capacidad para competir” (Higgins, 1991: 41). Aunque el personaje aún cuenta con los privilegios de su extracción socioeconómica, como el acceso al baile en donde inicia la historia, lo cierto es que el mismo existe únicamente en una forma superficial, pues el hombre es incapaz de integrarse al grupo al que se supone que pertenece. Esta incapacidad reside en la conciencia de que ya no cumple con los requisitos establecidos para hacerse llamar miembro de la burguesía, pues carece de todo lo que esta valora: dinero, títulos y posición. Los demás asistentes, al advertir la situación, no disimulan su estupor y lo dejan al margen de cualquier interacción, dentro o fuera de la reunión.

Los roles sociales preestablecidos en función del dinero, raza y etnia también se hacen evidentes. Cuando Alfredo mira hacia la calle, “en la calzada se veían ávidos ojos, cabezas estiradas, manos aferradas a la verja. Era gente del pueblo, al margen de la alegría” (Ribeyro, 1994: 195). Lo que demuestra la privación de los pobres a las exquisiteces de los ricos. Las vidas de estos, como se ha visto en la mayoría de los cuentos del corpus, están destinadas al trabajo duro, la escasez y la marginación. Más adelante en el relato, un conocido del protagonista lo interroga, sorprendido, “Pero ¿qué haces aquí, hombre? Un artista como tú...” (1994: 195). Estos fragmentos permiten trazar un croquis de la jerarquía social peruana y entender, también, que Alfredo es un desclasado: no puede identificarse con los individuos que observa desde la terraza, pero tampoco es acogido por aquellos al interior de la casa. El drama de Alfredo es la exclusión, el no pertenecer.

La coprotagonista también es un ser marginado, en este caso por su color. El hecho de que a lo largo del cuento solo se le llame “la negra” y no se le dé un nombre habla del nulo valor que tiene como ser humano. Esta característica de su aspecto físico es la única que importa para la

sociedad, pues su color la inserta de manera inexorable en el grupo de los oprimidos por quienes, aun muchos años después de instaurada la república, defienden una superioridad arbitraria venida de la colonia. Al respecto, Gras afirma que

Ribeyro nos muestra la distancia que separa cada una de esas clases sociales, reconocibles no solo por su poder adquisitivo o por los privilegios concedidos sino, sobre todo, por un indicador mucho más evidente y supuestamente esclarecedor: el color de la piel y, eso es algo inamovible, que no puede cambiarse. (1998: 177)

Entonces, la raza marca la pertenencia de los individuos a los grupos dominados. Es de resaltar que también los blancos pueden ocupar un lugar de marginación, como lo hace Alfredo, para el caso, pero los criterios de exclusión son otros, como la posición económica o el linaje. Sin embargo, el nacer negro o indio es una sentencia de pobreza, servidumbre y persecución.

La negra, al igual que María en “La tela de araña”, es sirvienta en una casa de la alta sociedad limeña, reafirmando la premisa de que los trabajos manuales y de servicio están reservados para los pobres. Ella no muestra ningún tipo de resistencia a su condición laboral, pues incluso ayuda en la cocina de una casa que no es la suya, con tal de tener algún tipo de contacto con el baile, aunque este implique solo ver u oír desde lejos. Tampoco se resiste al papel de individuo inferior y desfavorecido que le ha sido asignado.

El evento que desencadena la facción racista de la historia es el encuentro y mezcla entre Alfredo y la negra. Este provoca rechazo no solo en las altas esferas, en donde es esperable, sino también en las bajas. Higgins sostiene que “esta confrontación, primero con la burguesía y luego con los defensores del orden social, destaca las desigualdades clasistas y raciales de la sociedad peruana y los prejuicios arraigados que sancionan y perpetúan tales injusticias” (1991: 42).

Del siguiente diálogo, que se da en el encuentro con los asistentes de la fiesta, se pueden deducir varios puntos en relación con el pensamiento y actuar que rige a la clase burguesa peruana de la época:

—¿Qué escándalo es éste? —decía el dueño, moviendo la cabeza.
 —Alfredo —balbuceó el hombrecillo—. No te la des de original.
 —¿No tiene usted respeto por las mujeres que hay acá? —intervino un tercer caballero.
 —Váyase usted de mi casa —ordenó el dueño a la negra—. No quiero verla más por aquí. Mañana hablaré con sus patrones. (1994: 200)

En primer lugar, que la reunión de dos individuos de una y otra clase (y raza) es escandalosa si no se da en los términos de dominación pactados desde la época colonial. En segundo lugar, que la presencia de la negra, para ellos, no es equivalente a la de una mujer. Es un ente, sin identidad ni género ni distinción más allá de su pertenencia al servicio de una casa burguesa en Miraflores. Como advierte Gras, “sus respectivos círculos sociales no admiten las relaciones interraciales ni interclasistas: los negros son servidumbre y los blancos son patrones” (1998: 179). Por último, que ese ente, además, debe obedecer a cualquier voz de mando entre aquellos “superiores” y temer a sus patrones, porque como se ve también con el personaje de María, su condición de sirvienta es lo único que la separa de los que ni siquiera pueden acceder a la ciudad, es decir, de los más marginados entre los marginados.

Asimismo, está el mencionado diálogo con los agentes de policía. Ellos, a pesar de su pertenencia a la clase baja, tienen un comportamiento clasista, racista y abusivo. Esto demuestra, como en el cuento anterior, que las instituciones públicas están al servicio de la élite y sus trabajadores adquieren los ideales y comportamientos de una alta sociedad que los usa para beneficio propio y en contra de sus congéneres. Los oficiales no quieren saber los hechos, porque con las suposiciones prejuiciosas basta:

—Han estado planeando en el barranco, ¿no?
 —Fuimos a mirar el mar.
 —Te están tomando el pelo —intervino el otro policía—. Vamos a llevarlos a la cana. Con una persona de color modesto no se viene a estas horas a mirar el mar. (1994: 201, 202)

Para González, “estas afirmaciones (de los policías) confirman que la discriminación contra las personas de raza negra existe en todos los niveles sociales, incluidos los medios y bajos” (2013:

190). Todo el ambiente en el relato y las reacciones de los personajes ante el encuentro de Alfredo y la negra representan el racismo que en realidad impera en el Perú a lo largo del siglo XX. Es evidente que hay una división entre blancos y negros, y una relación de los primeros con lo bueno y superior, y de los segundos con lo malo e inferior.

Si se da una mirada más profunda al personaje de la negra, es de destacar que de principio a fin ella es consciente del lugar que ocupa en la escala social, razón por la cual se rehúsa a bailar con Alfredo, no se defiende ante las humillaciones de los asistentes a la fiesta ni de los policías. Por el contrario, la única preocupación que expresa constantemente tiene que ver con las consecuencias sociales que trae para el hombre lo que está sucediendo. Es decir, ella no se identifica como un ser humano sujeto de derechos, sino como una persona con la única misión de servir y velar por sus “superiores”. Respecto a esta conducta y autopercepción, Gras sostiene que están relacionadas con “el racismo y la injusticia social presentes en la sociedad limeña” (1998: 178), y que

el color se descubre como un elemento indicativo que va más allá del calificativo cromático, que va más allá de lo externo, hasta impregnar la propia esencia del ser humano, hasta llegar a denotar por sí mismo su valor interno dentro de la pirámide en la que se constituye la sociedad. (1998: 178)

Para finalizar, se puede establecer una relación entre el protagonista y Miguel, de “La piel de un indio no cuesta caro”, pues ambos pertenecen a la misma clase social y en cierto momento se rebelan contra esta. La diferencia radica en que Miguel genuinamente se preocupa por Pancho desde el inicio del relato, aunque este le preste cierto tipo de servicio, como es “normal” en una relación indio/blanco. Sin embargo, la rebelión de Alfredo no es auténtica, sino que surge del rechazo de los de su clase, de la necesidad de demostrar que no son tan importantes como se creen y que él puede existir por fuera de su círculo. Lo de él es, en otras palabras, el uso de la negra para probar su punto. Lamentablemente, en los dos finales se constata que los personajes no pueden

desligarse de la normativa social o, mejor dicho, no están dispuestos a cargar con las consecuencias de dicho acto. En este caso, Alfredo decide abandonar su corta sublevación con tal de no enfrentarse al escarnio de ser visto paseando con la negra por el emblemático Parque Salazar y sumar un motivo más de exclusión del grupo al que tanto intentó integrarse al inicio. Como se ha dicho ya en este trabajo, en la lucha por el ascenso social o la permanencia en los grupos aventajados, la conciencia, la ética y la moral pasan a un segundo plano.

4.2.3. “Alienación”

Este último cuento del corpus, escrito en París, en 1975, y publicado en Lima, en 1977, presenta la historia de Roberto López, uno de los muchos adolescentes de un barrio limeño que está enamorado de Queca. El joven, en las tardes, se reúne en donde todos juegan, solamente para verla, pues entiende lo difícil de llamar su atención. Un día, por fin, una pelota escapa de manos de la muchacha y Roberto encuentra la ocasión para hablarle. Recoge la bola y va hacia ella, quien “se apartó aterrorizada” (1994: 453). Este acto, sumado a la frase que lo acompaña, “yo no juego con zambos” (1994: 453), trazan el destino del personaje.

Desde ese momento, Roberto se dedica a observar, de lejos y en silencio, las aventuras de la “pandilla” y, con el tiempo, determina que Queca filtra sus relaciones de acuerdo con el color de las personas: cuanto más blancas, más interesantes. Así, su interés se vuelca en Chalo Sandler, el más “blanquito” del grupo, que tiempo después es reemplazado por Billy Mulligan, un gringo de verdad.

Bajo el entendimiento de los criterios de selección de la muchacha, Roberto decide que es necesario “deszambarse” (dejar de ser zambo) y emprende un proceso que implica tinturar y planchar su cabello, como también, usar talcos para cubrir su color. A su vez, persigue gringos

para aprender todo de ellos; viste jeans y otras prendas características norteamericanas, aunque deba comprarlas en ventas de garaje; va a cine y trabaja en el Bowling como intento de adquirir la lengua. Finalmente, ingresa al Instituto Peruano-Norteamericano, en donde aprende el idioma y conoce a José María Cabanillas, otro peruano que persigue el mismo objetivo. Cada uno de estos pasos significa para Bobby el rechazo y la burla de todos a su alrededor.

López y Cabanillas deciden vivir juntos en un apartamento, mientras buscan la manera de llegar a Estados Unidos. Trabajan fuertemente, ahorran y lo logran, pero el dinero se esfuma antes de lo planeado. El anhelado país, además, no tiene ninguna oportunidad para ellos ni para los miles de personas que llegan en sus condiciones. Lo único que les ofrece es ir a la guerra en Corea. Sin dudar, el par de amigos se enlista y poco después son trasladados al lugar. Dicha guerra le arrebató un brazo a Cabanillas y la vida a Roberto. La narración finaliza con una mirada a la infeliz vida que lleva Quica con Mulligan en Kentucky, pues su blanco esposo la trata como una “una chola de mierda”.

Una vez más, Ribeyro presenta una sociedad regida por convenciones coloniales, en donde la blancura representa superioridad y poder, mientras que lo negro o lo indígena se relaciona con lo inferior y va ligado a la pobreza, la explotación y la marginación. El personaje principal del cuento se sabe diferente (en el mal sentido) de aquellos jóvenes de su barrio que observa cada tarde. Esta es la razón por la cual no tiene un rol activo entre ellos. Sin embargo, él no pierde la esperanza de pertenecer y contar con los beneficios que le son negados por su color de piel. Contrario al caso de la negra en “De color modesto”, Roberto no se conforma con el lugar que le es socialmente asignado, pero, frente a su inconformismo, el camino que elige no es el de luchar contra los códigos que lo marginan, sino contra sí mismo, sus rasgos físicos y su naturaleza. Es

decir, su lucha se erige como una victoria de la supremacía blanca, porque incluso aquellos bajo su yugo aspiran a esta.

La condición económica del joven es la misma que presentan varios personajes Ribeyrianos al interior del corpus: de pobreza y marginación. Esta se determina desde el momento del nacimiento y está en estrecha relación con factores étnicos. El cuento refiere que

Roberto iba también a la plaza, a pesar de estudiar en un colegio fiscal y de no vivir en chalet sino en el último callejón que quedaba en el barrio. Iba a ver jugar a las muchachas y a ser saludado por algún blanquito que lo había visto crecer en esas calles y sabía que era hijo de la lavandera. (1994: 452)

La situación se presenta de manera distinta para Queca, pues, aunque su posición económica no la ubica dentro del círculo burgués, sino dentro del dominio de la clase media, sus rasgos físicos hacen de este un hecho “perdonable” ante el juicio social, como evidencia el siguiente fragmento:

Queca no estudiaba con las monjas alemanas del Santa Úrsula, ni con las norteamericanas del Villa María, sino con las españolas de la Reparación, pero eso nos tenía sin cuidado, así como que su padre fuera un empleadito que iba a trabajar en ómnibus o que su casa tuviera un solo piso y geranios en lugar de rosas. Lo que contaba entonces era su tez capulí, sus ojos verdes, su melena castaña... (1994: 452)

Este relato pone, de nuevo, a Lima como símbolo de la sociedad peruana del siglo XX, que se empeña en el mantenimiento de antiguas jerarquías establecidas de forma arbitraria, en donde los blancos ocupan la cúspide. Esta misma sociedad que degrada a Roberto por zambo, se burla de sus esfuerzos por “deszambarse”, porque la realidad es que no existe un lugar que él pueda ocupar por fuera del que está establecido. Aun así, el protagonista intenta diversas maniobras para lograr su cometido; cada una lo aleja de su realidad natural, es cierto, pero no lo acerca a la aceptación ni al estilo de vida que anhela. Por lo tanto, es en vano cada consecuencia de este proceso: el desconocimiento de su ser, el alejamiento de su madre, la pérdida del trabajo, la burla de las personas, el trabajo intenso, la inversión de sus pocos ahorros en un intercambio sin futuro, el

sufrimiento del viaje a una Norteamérica que tampoco lo admite y, finalmente, la pérdida de su vida en una guerra ajena.

Respecto a la suerte de estos personajes ribeyrianos, Dunia Gras comenta que

el color, en todos los casos, condena a los personajes a la marginación social y económica ya que no pueden acceder a la pirámide social a causa de la tonalidad de su piel. Dos conceptos independientes como la etnicidad y la clase social se muestran unidos de forma indisoluble una vez más. La única posibilidad que les cabe a estos personajes es abandonar su identidad, dejar de ser lo que son, desnaturalizarse y, con ello, desclasarse. (1998:180)

Nuevamente, otro relato exhibe tres componentes inapelables tanto dentro como fuera de las narraciones. En primer lugar, “la perenne estratificación de la sociedad peruana, porque Roberto personifica el complejo de inferioridad sufrido por negros en un medio dominado por blancos y mestizos” (Higgins, 1991: 110). En segundo lugar, la estructura del poder en el país, que da un valor ínfimo a estos personajes. Por ejemplo, se evidencia que estos solo pueden ocuparse en trabajos rechazados por otros, como la lavandería, la mensajería o la conducción de transporte público, que menciona el narrador. Por último, “la creciente influencia del imperialismo económico y cultural de los Estados Unidos” (1991: 111), que conduce a los individuos a la reproducción de tendencias alejadas de su realidad, con el fin de acercarse al bienestar social y económico que ostentan aquellos nuevos dueños del capital y el monopolio.

En conclusión, la secuencia de hechos en el cuento exhibe a otra víctima ficticia de dos problemas peruanos totalmente reales para la época y en los que este capítulo profundizó: el racismo y la exclusión social, que configuran un mundo injusto y prejuicioso, siempre atento a impedir el bienestar de aquellos que considera inferiores.

5. Conclusiones

Julio Ramón Ribeyro presenta una marcada tendencia a la temática social, como ya han señalado diferentes críticos. En el corpus literario analizado se hacen evidentes temas como el racismo, la explotación laboral, la lucha entre clases, la exclusión social y la escala de valores establecidos en torno al dinero y la etnia. Además, los seis cuentos tienen en común que se desarrollan al interior del Perú y que presentan un inventario de elementos constitutivos del país en la época; elementos no solo tangibles, sino conceptuales, representativos de los imaginarios sociales de un pueblo.

Los personajes presentados se constituyen como arquetipos de las diferentes extracciones sociales y de los roles establecidos para ellos. Están los burgueses, opresores de las masas empobrecidas, incluso cuando llegan a sentir alguna simpatía por un individuo de esta clase, porque prima su bienestar y superioridad. También personajes de procedencia burguesa que han caído en desgracia, pues no cumplen ya con los estándares de pertenencia en ninguna de las clases existentes. Están aquellos marginados de peor manera, por razones económicas y raciales, sobre quienes recae la pobreza, el abandono, la injusticia y la imposibilidad de superación. Además, es de resaltar que los personajes con rasgos negros o indígenas se muestran aún más degradados que los pobres que escapan a este criterio.

Como se ve, los elementos del corpus narrativo son heterogéneos, pero siempre representativos y susceptibles de establecer relación con la realidad peruana. En el desarrollo de las narraciones, los personajes responden a las representaciones sociales en doble vía: en primer lugar, actúan de acuerdo con sus experiencias y condiciones económicas; en segundo lugar, sin importar su clase, comprenden y perciben la vida según ideas nacidas en épocas pasadas, pero arraigadas en el pensamiento colectivo. Dentro de esta construcción y percepción del mundo, todos actúan presionados por diferentes circunstancias, que ponen a prueba sus valores y exhiben la esencia humana frente a escenarios de constante hostilidad.

El material literario trabajado tiene un componente de denuncia, que no es llevado por el autor a extremos del “deber moral” o de la reivindicación, en la narrativa, de los grupos históricamente marginados y explotados. Sin embargo, dicho componente brinda elementos suficientes para que quien haga lecturas profundas encuentre imágenes constitutivas de una sociedad y una época específicas. Esto es importante para construir y elevar la verdad social en un país marcado por la violencia, los estallidos sociales y los regímenes dictatoriales como respuesta, en muchas ocasiones, a los factores analizados en este trabajo investigativo.

Finalmente, se resalta que se cumplió satisfactoriamente el objetivo de rastrear los rasgos de marginalidad al interior de los seis cuentos del autor peruano, además de establecer conexiones precisas con la historia social, económica y política del Perú. Por lo tanto, este trabajo se suma a otros esfuerzos de analizar la escritura, bajo el modelo de la crítica literaria marxista, de un autor perteneciente a una generación distinguida por la preocupación social.

Referencias bibliográficas

- Aguilar, C. (2019). La conceptualización antropológica del indio en el Cusco (1942-1973). Esquema para entender la antropología en el Perú desde la diversidad. *Discursos del Sur*, vol. 4, pp. 153-177.
- Baudry, P. (2014). (Breve) historia del margen en Julio Ramón Ribeyro. *Anales de Literatura Hispanoamericana*, vol. 43, pp. 35-46.
- Contreras, C. (1994). *Sobre los orígenes de la explosión demográfica en el Perú: 1876-1940*. IEP/Consortio de Investigación Económica. Documento de Trabajo 61. Serie Economía 21.
- Espinoza, R. (2018). La otredad existencial en la cuentística de Julio Ramón Ribeyro. *Tesis. Revista de investigación*. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Año 12, Vol. 11, pp. 31-50.
- Flick, U. (2004). *Introducción a la Investigación Cualitativa*. Madrid: Ediciones Morata S.L.
- González Montes, A. (2013). *Ribeyro. El arte de narrar y el placer de leer*. Lima: Fondo editorial Universidad de Lima.
- Gras, D. (1998). 'De color modesto': etnicidad y clase en la narrativa de Julio Ramón Ribeyro. *Revista de crítica literaria latinoamericana*, vol. 28, pp. 173-184.
- Gutiérrez, M. (2008). *La generación del 50: un mundo dividido*. Lima: Arteidea Editores.
- Higgins, J. (1991). *Cambio social y constantes humanas. La narrativa corta de Ribeyro*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

- Mariátegui, J. C. (2007). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (3ra ed.). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Martínez Gómez, J. (1997). Julio Ramón Ribeyro o la estética del fracaso. En: Valcarcel, E. (1997). *El cuento hispanoamericano del siglo XX*. Coruña: Universidad de la Coruña, pp. 239-254.
- Minardi, G. (2002). *La cuentística de Julio Ramón Ribeyro*. Lima: Banco Central de Reserva del Perú.
- Ministerio de Cultura del Perú. (2020). Cusco. Cartilla Informativa Sobre Pueblos Indígenas u Originarios. Sitio web Centro de Recursos Interculturales. <https://centroderecursos.cultura.pe/sites/default/files/rb/pdf/Cartilla%20Cusco%202020.pdf>
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Diccionario de la lengua española, 23.^a ed., [versión 23.6 en línea]. [4 de noviembre de 2023]
- Ribeyro, J.R. (1994). *Cuentos completos*. Madrid: Alfaguara.
- Romero, J. L. (2008). *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.
- Ugarte, F. (2019). Edificio El Porvenir. Revista Arquitectura PUCP, Año 11, n.º14, pp. 78-81.